

# Cuadernos del Concilio 34



La paz  
(GS 77-82)



DICASTERIO PARA LA EVANGELIZACIÓN  
SECCIÓN PARA LAS CUESTIONES FUNDAMENTALES  
DE LA EVANGELIZACIÓN EN EL MUNDO



**CEM**

Conferencia del **Episcopado** Mexicano

**Cuadernos  
del Concilio**

**La paz  
(GS 77-82)**

**Nina Fabrizio**

## Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.

Prol. Misterios 26, Tepeyac Insurgentes,  
alcaldía Gustavo A. Madero,  
C. P. 07020, Ciudad de México  
Tel. 55 57 81 84 62  
www.cem.org.mx

Los volúmenes de esta serie fueron editados por el «Dicasterio para la Evangelización. Sección para las cuestiones fundamentales de la evangelización en el mundo».

D. R. © 2023 Conferencia del Episcopado Mexicano, A.R.  
D. R. © 2022 by Dicastero per l'Evangelizzazione Sezione per le questioni fondamentali dell'evangelizzazione nel mondo  
Derechos cedidos a la Conferencia del Episcopado Mexicano para su publicación  
Director de la edición en castellano: Juan Carlos Casas García

## Cuadernos del Concilio 34

### La paz (GS 77-82)

Autor: Nina Fabrizio

Primera edición (castellana) 2023

ISBN: 978-607-7837-44-2

## Editorial NUN

Es una marca de Editorial Notas Universitarias, S. A. de C. V.  
Xocotla 17, Tlalpan Centro II, alcaldía Tlalpan,  
C. P. 14000, Ciudad de México  
www.editorialnun.com.mx

El contenido de este libro es responsabilidad del autor.

Derechos reservados conforme a la ley. No se permite la reproducción total o parcial de esta publicación, ni registrarse o transmitirse por un sistema de recuperación de información, por ningún medio o forma, sea electrónico, mecánico, fotoquímico, magnético o electro-óptico, fotocopia, grabación o cualquier otro sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 242 y siguientes del Código Penal).  
Impreso en México.

# ÍNDICE

<b>Capítulo 1: Vidas interrumpidas</b>	9
Ucrania	9
Siria	11
Afganistán	13
<b>Capítulo 2: En la cabeza de los niños</b>	15
El precio de los niños	15
El estado del niño	16
<b>Capítulo 3: Dejar el arma, el gesto que le falta a la paz</b>	19
La crisis de los misiles en Cuba	20
Facilitar la paz	24
<b>Capítulo 4: El sagrario de la conciencia</b>	27
Objetar por la paz	28
Realizar la reconciliación	30
<b>Capítulo 4: No más domingo sangriento</b>	33
<b>Gaudium et spes 77-82</b>	37

# CUADERNOS DEL CONCILIO

1. El Concilio Vaticano II: historia y significado para la Iglesia

## *Dei Verbum*

2. La revelación como Palabra de Dios (DV 1-5)

3. La Tradición (DV 7-10)

4. La inspiración (DV 11-13)

5. La Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia (DV 21-26)

## *Sacrosanctum Concilium*

6. La liturgia en el misterio de la Iglesia (SC 1-2. 7-13)

7. La sagrada Escritura en la liturgia (SC 24-35)

8. Vivir la liturgia en parroquia (SC 40-46)

9. El misterio eucarístico (SC 47-58)

10. La Liturgia de las Horas (SC 83-101)

11. Los Sacramentos (SC 59-81)

12. El Domingo (SC 106)

13. Los tiempos fuertes del Año Litúrgico (SC 102. 109-111)

14. La música en la liturgia (SC 112-121)

## *Lumen gentium*

15. El misterio de la Iglesia (LG 1-5)

16. Las imágenes de la Iglesia (LG 6-8)

17. El pueblo de Dios (LG 9-16)

18. La Iglesia es para la evangelización (LG 17)

19. El papa, los obispos, los sacerdotes y los diáconos (LG 18-29)

20. Los laicos (LG 30-38)

21. La vida consagrada (LG 43-47)

22. La santidad, vocación universal (LG 39-42)

23. La Iglesia peregrina hacia la plenitud (LG 48-51)

24. Maria, la primera de las creyentes (LG 52-69)

## *Gaudium et spes*

25. La Iglesia en el mundo de hoy (GS 1-3)

26. El sentido de la vida (GS 4)

27. La sociedad de los hombres (GS 23-32)

28. Autonomía y servicio (GS 33-45)

29. La familia (GS 47-52)

30. La cultura (GS 53-62)

31. La economía y las finanzas (GS 63-72)

32. La política (GS 73-76)

33. El diálogo como instrumento (GS 83-93)

34. La paz (GS 77-82)

## VIDAS INTERRUMPIDAS

«La #paz es ante todo una actitud del corazón.  
Nace de la justicia, crece en la fraternidad,  
vive de gratuidad. Empuja a servir a la verdad»  
(Papa Francisco, Tweet del 23 de agosto de 2022)

La guerra trunca las vidas. No sólo poniendo fin a su existencia, incluso cuando son vidas inocentes que deben ser protegidas y custodiadas, como fue el caso de Liza, una niña de cuatro años con síndrome de Down, cuyo corazón se detuvo durante la lluvia de misiles que impactaron en la ciudad de Vinnytsia, en Ucrania, golpeando también el cochecito fucsia en el que su madre la llevaba de regreso de una visita pediátrica en julio de 2022.

### *Ucrania*

La guerra siempre rompe vidas, porque rompe los sueños, los esfuerzos, los ahorros, las promesas, las esperanzas de un futuro mejor. Como un tornado, golpea el camino de la existencia de cada uno y lo corta. Debido a la guerra en Ucrania, Ira, una joven de dieciocho años de Mariupol que en el verano de 2022 se asomaba a la edad adulta llena de expectativas y curiosidad sobre lo que el mañana podría reservar para ella, no pudo pasar la temporada de agradables temperaturas y descanso del alma leyendo sus novelas favoritas y escuchando la música de sus bandas de rock favoritas. Repentinamente catapultada a un mundo dominado por la violencia y la única y pri-

maria necesidad de ponerse a salvo, tuvo que luchar con su mente para extinguir cada pensamiento luminoso, cada sueño proyectado hacia el futuro, reemplazándolo rápidamente con preocupaciones prácticas: escondiéndose rápidamente en búnkeres subterráneos para escapar de los ataques de cohetes de aire o enterrar en el jardín frente a su casa, el mismo donde de niña jugaba con sus compañeros, los cuerpos de los padres de su amiga Vika.

A Vadim, un niño de diez años no le fue mejor a pesar de vivir en un área a cientos de kilómetros de las zonas de combate, una región descrita por embajadores y estrategas como “relativamente más segura”. En el invierno de 2022 ya no pudo asistir a la escuela superior en Ternopol, donde su abuela lo había inscrito gracias a los ahorros acumulados en más de veinte años de trabajos, a menudo precarios como humilde sirvienta y cuidadora en las casas ricas de una ciudad extranjera, a miles de kilómetros de la suya. Vadim, en lugar de asistir al instituto que podría haberle ofrecido un buen ascenso social y un futuro más sólido que el de sus padres, pasó el invierno ayudando a su madre y a su tía a recuperar y guardar víveres y productos de primera necesidad como conservas, productos para la higiene, cobijas de lana, destinada a los más pobres de la aldea, a los que perdieron sus hogares o empleos en los bombardeos, o a los familiares más cercanos que proveían a su sostenimiento.

Olia, una niña de 9 años de Kiev, al estallar la guerra en febrero de ese trágico 2022, incrédula y molesta por cómo el conflicto había irrumpido en su vida, en los agitados días en que tuvo que elegir en pocos minutos qué muñecas llevar y cuáles dejar en su huida a Lviv, pensó en gritar su desesperación en una carta enviada a través de la Comunidad de San Egidio a sus coetáneos europeos, aquellos que, en cambio, podrían seguir viviendo una vida normal como la que ella también llevó hasta el día anterior. Una vida simple y nunca perfecta, hecha de rutina escolar, calor hogareño y muchos domingos sin preocupaciones en el parque de juegos. La carta de Olia llegó como un mensaje desesperado en la botella: «La guerra es una pesadilla, siempre tengo miedo cuando caen las bombas. Por la noche dormimos ate-

rorizados en la estación de metro, temblamos con el sonido de las sirenas, y por la mañana, cuando me despierto, mi primer pensamiento es para mi casa. Me pregunto ansiosamente, ¿seguirá ahí? ¿Habrà sido destruida? [...] La guerra es fea y aterradora –insiste Olia con una angustia que recuerda a la vertida por Ana Frank en su Diario–: por favor, ¡no me olviden!». Al estruendo de las armas, al terror de las vidas que se desmoronan una tras otra como en una secuencia dramática cinematográfica, se añade la angustia del olvido: ¿alguien se acordará de mí? ¿A quién le importará mi destino? ¿Me salvaré o seré engullido?

### *Siria*

Debido a la guerra, en Siria, un número considerable de niños nacieron y crecieron sin conocer un mundo distinto de aquel en el que cada rincón del paisaje circundante muestra los signos y los rastros de morteros, misiles, balas; diverso de aquel en el que la mirada no atraviesa más que ruinas, abandono, degradación, edificios destruidos que quizás, algún día, recibirán un parche, una nueva capa de pintura, pero nunca volverán a mantenerse perfectos y ordenados como deberían ser. Los niños y niñas sirios no han podido conocer un mundo donde el conflicto esté ausente, donde sea posible saborear el sabor de la paz, asistiendo a las escuelas permanentemente, transcurriendo despreocupadamente tardes endulzadas por el aroma de los hibiscos o el sabor suave de los dátiles, haciendo gestos simples y normales para otros niños como ellos, por ejemplo, cruzar la calle para llegar a una iglesia o una mezquita sin temblar de miedo ante la idea de que precisamente en ese momento una bomba pueda explotar o un francotirador disparar un tiro. Simplemente no saben lo que es la paz. Otra carta llegó a Europa, en esa época dramática. Fue escrito por otro niño que no quería ser olvidado, Ahmed, de 13 años: «No recuerdo cómo era la paz, era demasiado pequeño. Sólo recuerdo que en cierto momento no quedaba nada para comer».

Durante los años de guerra, el nuncio en Siria voló a menudo a Occidente, a Roma y otras ciudades europeas, para abogar por la paz y la causa de un pueblo extremadamente sufriente. En todas estas ocasiones, el público que tenía ante él pudo comprender la insensatez y la crudeza de los conflictos ciegos, escuchando lo que le sucedió a un niño inocente, un niño al cual la insensata guerra ha reservado una herida atroz en las extremidades inferiores. Aamir gritó de dolor y desesperación en la sala desnuda e inhóspita de uno de los pocos hospitales que aún funcionan en la provincia de Damasco. El médico frente a él hizo todo lo posible para salvar su vida, incluida la amputación de su pie derecho. Pero el niño entre mil sollozos desesperados, conmocionado por la brutalidad de los bombardeos en los que había terminado en medio, continuó gritando: «¡Por favor, salva mi pie! ¡Por favor, salva mi pie!», incapaz de imaginar su vida sin la capacidad de caminar sobre ambas piernas. Su grito inconsolable se ahogó allí, en ese hospital en ruinas que después de él tuvo que ver a otros niños, otros traumas, otras cicatrices. «Hay padres –dijo el nuncio Zenari– que con el corazón roto me dicen que pueden dar de comer a sus hijos sólo cada dos días. Me enteré de algunos niños que murieron de frío y otros de hambre, niños a los que incluso les habían robado la ayuda humanitaria que habían recibido».

Aquí la guerra, además de romper vidas, también es cínica y carente de compasión. Se muestra completamente indiferente a los dramas que brotan en su vientre grande y voluptuoso, similar al punto débil de la ballena de Pinocho donde es fácil entrar y desde el cual es difícil salir. Todos esos niños nacidos de la violencia y los estragos cometidos contra las mujeres por los terroristas de Daesh son de alguna manera hijos de la guerra: ahora viven una existencia similar a la de los perros callejeros. Rechazados por una sociedad ya agotada, terminaron en su mayoría al margen de los campos de refugiados o, peor aún, no tuvieron otro destino que reunirse en pandillas y crecer entre refugios improvisados bajo montones de escombros que sobrevivieron gracias a raras incursiones en centros habitados. Y allí sufren un

trato de verdaderos apestados, símbolos, como lo son, a pesar de sí mismos, del terror y del odio. Huérfanos de sus padres, huérfanos de sus madres, estos niños llevan adelante sus existencia huérfanos también de Dios.

### *Afganistán*

Pero la guerra no se detiene y continúa sembrando implacablemente lágrimas y dificultades. Después de prolongarse durante años sin haber resuelto fundamentalmente ninguna de las crisis sobre el terreno, la guerra en Afganistán ha terminado definitivamente con el abandono de los territorios por parte de las tropas estadounidenses a finales del triste verano de 2021, dejando un país vacío y arrodillado en manos del poder oscurantista de los talibanes. Aquí también fueron los niños los que pagaron el precio más alto. Ninguna escuela ha acogido a las niñas afganas, ninguna perspectiva de un futuro de emancipación y libertad se ha presentado ante ellas. Más bien, para muchos de ellas, el camino resbaladizo y sin retorno de la pobreza, de la indigencia marcada por días enteros transcurridos mendigando un miserable pedazo de pan con su rostro oculto por la restricción y a menudo también por la vergüenza, bajo grandes burkas, a menudo dos o tres veces más grandes que ellas. Túnicas que al sol brillan con un azul turquesa brillante y burlón, casi como si un color tan brillante pudiera camuflar la violencia con la que se imponen esas ropas de prisión, abiertas solo en las rendijas de los ojos. Las más desafortunadas han sido iniciadas por sus propias familias en la indecencia de la esclavitud sexual o en un matrimonio arreglado que no tiene en cuenta el momento adecuado de la inocencia que debe reconocerse en la infancia. Un testimonio recogido por la organización mundial de derechos humanos Amnistía Internacional, expresa por sí solo el drama de todo un pueblo. Khorsheed, una madre de 35 años dijo que, en septiembre de 2021, la crisis económica tras la retirada de las tropas norteamericanas la llevó a casar a su hija de trece años con un vecino de treinta años. A cambio

recibió 60.000 afganíes, el “precio de la novia”, unos 650 euros. Khorsheed también explicó que después de la boda se sintió aliviada al pensar que su hija ya no pasaría hambre. Así, después de dejar ir a la mayor, comenzó a considerar un matrimonio forzado para su segunda hija, de apenas diez años. Privadas de educación, abandonadas por sus familias, muchas de estas niñas no son más que fantasmas engullidas por la historia. Se dirigen hacia un mañana incierto, aparentemente sombrío. «Estas jóvenes», dijo Fátima, una profesora de 25 años, a Amnistía Internacional, «sólo querían tener un futuro y ahora ya no lo ven más».

## EN LA CABEZA DE LOS NIÑOS

### *El precio de los niños*

Los niños pagan el precio más alto por la guerra, pero en sus corazones la guerra ni siquiera existe. Los conflictos armados matan cuerpos y seres humanos, pero –incluso antes de causar lesiones físicas– matan al niño y a la niña, aquellos que viven encerrados en cada hombre y mujer con la propia carga de expectativas sobre el mundo, el profundo deseo de amar y ser amado, la tensión hacia la libre búsqueda del plan que Dios ha destinado para cada uno en la tierra. La guerra no salva a nadie, no hace distinción de color de piel, entre quién es hombre o mujer, joven o viejo, sano o con enfermo. Con su inercia destructiva, indiferente al destino de las familias, las comunidades, las naciones, lo abate y se lo traga todo porque su objetivo es sostener un gran engaño, aquel según el cual el poder es fuerte con la destrucción; por el contrario, el poder es fuerte cuando construye.

Pero un niño no puede creer que en el corazón de un adulto haya planes de muerte, proyectos de atrocidades contra civiles indefensos, pensamientos y estrategias de destrucción para afirmar el dominio sobre el otro. Un niño o una niña incluso cuando juegan videojuegos con la tableta o el teléfono inteli-



gente de su madre o padre, cuando se lanzan sobre al teclado para empujar a su “héroe” de turno a lanzarse a través de lenguas de fuego, por barrancos y precipicios, o incluso cuando lo ven caer bajo los golpes del “monstruo” adversario, están dentro de sí siempre convencidos de que el héroe tiene otra vida, una de repuesto, que el fuego no arde realmente, que la caída desde el precipicio no es realmente peligrosa, que los golpes del monstruo son en realidad golpes que no duelen y no simulan sino un juego animado. En la cabeza de un niño nada le lleva a creer que en esa ficción hay un dolor real, un sufrimiento real, un tormento real. La mente de cada niño se alimenta de una inocencia que sabe a agua fresca bebida de un manantial de montaña después de una larga caminata. Una inocencia, don de Dios, que lo guía en todas las fases iniciales de la vida para extender sus manos y su brazos en un movimiento que siempre se abre hacia la caricia, el abrazo tierno, el apretón en busca de afecto.

#### *El estado del niño*

Es la mirada sobre el mundo del niño, «el estado del niño», como escribió el escritor ruso León Tolstoi en *La verdad de la vida*, que incluso los Padres conciliares parecen sugerir en las páginas de *Gaudium et spes*. Tolstoi escribió:

La sabiduría humana no consiste en saber cosas. Porque hay una infinidad de cosas que se pueden conocer. Y saber tanto como sea posible no constituye sabiduría. La sabiduría humana consiste en el conocer el orden de las cosas que es bueno saber, consiste en saber organizar los propios conocimientos de cada uno según su importancia. Ahora bien, de todas las ciencias que el hombre puede y debe conocer, la principal es la ciencia de vivir de tal manera de hacer el menor mal y el máximo bien posible; y de todas las artes, la de saber evitar el mal y producir el bien con el menor esfuerzo posible.

Y más aún, Tolstoi argumentó:

Es necesario ponerse en el estado de un niño, o de un Descartes, y decirse a sí mismo: “No sé nada, no creo nada, y no quiero nada más que conocer la verdad de la vida que estoy obligado a vivir”. Y la respuesta se ha dado durante siglos, y es simple y clara. Mi sentimiento interior me dice que necesito el bien, la felicidad para mí, sólo para mí. La razón me dice: todos los hombres, todos los seres como yo que están en busca de la felicidad individual, me aplastarán. Eso está claro. No puedo poseer la felicidad que deseo; pero la búsqueda de la felicidad es mi vida. No ser capaz de poseer la felicidad, y no luchar por ella, es no vivir.

## DEJAR EL ARMA, EL GESTO QUE LE FALTA A LA PAZ

Ya en los años sesenta, cuando comenzaba la redacción de la *Gaudium et spes*, a los padres conciliares parecía cada día más cercana esa realidad de mutua interdependencia que hoy, particularmente con los acontecimientos bélicos, a menudo desencadenados por la lucha por los recursos primarios y las materias primas, pero también fomentados por las consecuencias nocivas de los virus y las epidemias, se percibe de manera nítida. Resultan por esto de una gran actualidad las palabras con las que los obispos introdujeron la condición del hombre en el mundo contemporáneo al hablar de las esperanzas y las angustias de la humanidad en el Proemio:

Nunca antes la humanidad había tenido tanta riqueza, posibilidad y poder económico a su disposición; y, sin embargo, una gran parte de los habitantes del mundo todavía están atormentados por el hambre y la miseria, y multitudes enteras no saben leer ni escribir. Nunca antes los hombres habían tenido un sentido tan agudo de la libertad, y en tanto están surgiendo nuevas formas de esclavitud social y psíquica. Y mientras el mundo advierte tan claramente su unidad y la mutua interdependencia de los individuos en una solidaridad

necesaria, violentamente es empujado hacia direcciones opuestas por fuerzas que luchan entre sí; de hecho, siguen existiendo graves contrastes políticos, sociales, económicos, raciales e ideológicos, y no ha cesado el peligro de una guerra capaz de aniquilar todas las cosas (GS 4).

Palabras proféticas que sintonizan perfectamente con las expresadas por el Papa Francisco cuando, varias veces, ha denunciado abiertamente el afirmarse de una tercera guerra mundial fragmentaria. Y eso impone en este punto, sin embargo, incluso un pequeño paso atrás. ¿Por qué los padres conciliares al comienzo de sus años, después de que el mundo ya había pasado por dos conflictos mundiales, no ocultan el peligro de una nueva guerra e incluso una aún más aterradora, capaz de aniquilarlo todo? ¿Por qué ya denuncian la carrera de armamentos y casi admiten, con extrema franqueza, que las armas se están amontonando no para ser utilizadas inmediatamente, sino para infundir el temor de que puedan ser utilizadas en cualquier momento?

#### *La crisis de los misiles en Cuba*

El riesgo real de caer en este nuevo abismo, que habría sido aún más devastador por los arsenales atómicos de Estados Unidos y Rusia, las dos superpotencias en el campo, llegó en octubre de 1962 con la crisis de los misiles en la isla de Cuba, una crisis que duró trece largos días durante los cuales el mundo, con la respiración contenida, estuvo varias veces a un paso del holocausto nuclear. Al mismo tiempo, sin embargo, también surgió un nuevo espacio para una posición profética de paz de la Iglesia y del Papa de entonces, Juan XXIII.

Volvamos a esos días. Entre el 15 y el 28 de octubre de 1962, la Guerra fría alcanzó su punto de máxima tensión. Después de que el 14 de octubre un avión espía estadounidense U2 fotografiara el sitio donde la Unión So-

viética estaba construyendo bases en la isla caribeña para lanzar misiles nucleares capaces de golpear a los Estados Unidos, durante trece días Moscú y Washington se enfrentaron abiertamente, llegando varias veces al borde de lo que, si hubiera estallado, habría sido la Tercera Guerra Mundial. Moscú había desplegado veinte misiles balísticos intercontinentales en la costa cubana dirigidos a las principales ciudades estadounidenses. Los Estados Unidos, por otro lado, tenían una gran flota de bombarderos B52 que se hicieron famosos por la película *Dr. Strangelove* del director Stanley Kubrick, capaces de golpear con armas nucleares gran parte del territorio soviético con un excelente margen de éxito. En esos trece días, tanto en Moscú como en Washington se agitaban halcones, asesores políticos, militares y diplomáticos que empujaban a sus respectivos líderes a un ataque. El caso llegó a la Organización de las Naciones Unidas el 25 de octubre, en una sesión de emergencia durante la cual el embajador estadounidense Adlai Stevenson II mostró imágenes de las instalaciones de misiles soviéticos en Cuba, cuya existencia había sido desmentida poco antes por el embajador de Moscú, Valerian Zorin. Nikita Khrushchev, jefe de la Unión Soviética, por su parte, envió cartas al presidente estadounidense John Kennedy el 23 y 24 de octubre reclamando la naturaleza “disuasoria” de los misiles en Cuba y las intenciones pacíficas de la Unión.

Cuando Kennedy hizo pública la crisis y la opinión pública mundial descubrió que Krushchev mantenía barcos con instalaciones atómicas firmes en una posición amenazante en la famosa Bahía de Cochinos, el mundo entró en un estado de terror. La tensión era espasmódica, el miedo a caer en el abismo de un conflicto nuclear devastador era enorme. La gente comenzó a hablar y preocuparse abiertamente por un apocalipsis atómico, y las medidas para tal emergencia comenzaron a realizarse casi todos los días en muchas ciudades. Por el resto, todavía era un momento en que el recuerdo de lo que sucedió en Hiroshima y Nagasaki estaba vivo. La primera fue bombardeada por los estadounidenses el 6 de agosto de 1945, provocando

140.000 muertos, mientras que la segunda fue devastada por otro dispositivo nuclear que provocó 70.000 víctimas sólo tres días después. De esos dos trágicos acontecimientos, incluso hoy, quedan las imágenes simbólicas de las víctimas excepcionales, los niños. Entre las tomas más famosas, quizás esté la capturada en Nagasaki: un niño de diez años, huérfano, con un rostro sereno, pero lleno de tristeza, lleva sobre sus hombros, hacia el crematorio, el cadáver de su hermano pequeño con la cabeza reclinada hacia atrás.

La nueva guerra fue al final evitada y no pocos, aunque a posteriori, en el estallido de la crisis, reconocieron un papel propio a Juan XXIII, el “Papa bueno” que abrió el concilio, del cual, sin embargo, no pudo ver el final. Ante la naturaleza dramática de la situación, aunque estaba simultáneamente involucrado en el trabajo de la asamblea, sintió la necesidad de actuar personalmente por la paz y la negociación. El 25 de octubre, Juan XXIII dirigió «a todos los hombres de buena voluntad» un mensaje en francés, enviado unas horas antes, a través de canales diplomáticos, a Kennedy y Krushev. Fue así como se dirigió al mundo: «A la Iglesia le importa más que nada la paz y la fraternidad entre los hombres; y ella trabaja incansablemente para consolidar estos bienes. En este sentido, hemos recordado los graves deberes de quienes tienen la responsabilidad del poder. ¡Paz! ¡Paz! Hoy renovamos este sentido llamamiento e imploramos a los jefes de Estado que no permanezcan insensibles a este grito de humanidad. Que hagan todo lo que esté en su mano para salvaguardar la paz: de esta manera evitarán al mundo los horrores de la guerra, cuyas terribles consecuencias nadie puede prever. Que continúen negociando. Sí, esta disposición leal y abierta tiene un gran valor de testimonio para la conciencia de cada uno y frente a la historia. Promover, fomentar, aceptar negociaciones, en todos los niveles y en todo momento, es una norma de sabiduría y prudencia, que atrae las bendiciones del cielo y de la tierra».

En la situación de estancamiento que se había creado, Juan XXIII intervino desplegando ciertamente no un ejército, sino nada más que la fuerza

moral y espiritual que poseía. Como apareció muchos años después gracias al trabajo de los historiadores, fue el propio Kennedy quien pidió al Papa Roncalli que actuara como puente con el Kremlin. Utilizando uno de los canales no oficiales a su disposición, Kennedy había recurrido al editor del *Saturday Review* Norman Cousins, que estaba notoriamente relacionado tanto con los rusos como con el Vaticano, Kennedy le preguntó si estaba dispuesto a ponerse en contacto con este último, y Cousins logró hacer llegar un mensaje al Papa. Juan, rogándole que hiciera todo lo que estuviera a su alcance para ayudar a convencer a Krushev, de dar un paso atrás. El Papa dirigió entonces a Krushev, como él, hijo de campesinos, un documento que fue eficaz precisamente por su carácter apolítico, y que concluía así: «Si tiene el valor de recordar los barcos portamisiles, probará su amor al prójimo no sólo por su propia nación, sino por toda la familia humana. Pasará a la historia como uno de los pioneros de una revolución de valores basada en el amor. Podrá sostener no ser religioso, pero la religión no es un conjunto de preceptos, sino el compromiso de la acción en el amor por toda la humanidad que, cuando es auténtico, se une al amor de Dios, por lo cual, aunque no se pronuncie su nombre, se es religioso».

No es una historia de espías, o una película del género *El puente de los espías*. Estos actos, y este coraje para osar la paz, de ponerse en juego por la paz, realmente sucedieron. En medio de la máxima tensión de la crisis cubana, el nuevo radiomensaje de Roncalli despertó el consenso de dos enemigos acérrimos –como lo fueron Rusia y Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría– y dio un impulso decisivo a su solución. Krushev, de hecho, ya estaba buscando una salida y las palabras del Pontífice le permitieron aparecer incluso como un pacificador. Al día siguiente, el mensaje de Juan XXIII fue recogido por los principales periódicos internacionales. *La Pravda* lo publicó en la portada, con la foto del Papa. Y también como resultado de ese llamamiento, prevaleció la diplomacia y las negociaciones entre los dos bloques llevaron a la solución de la crisis.

*Facilitar la paz*

Es una página de la historia que se encuadra perfectamente en el espíritu de *Gaudium et spes* y en las etapas que sugiere casi como una hoja de ruta, para evitar la explosión de conflictos. Para evitar las guerras, en primer lugar, las guerras no deben ocurrir. Se necesitan “facilitadores”, verdaderos “operadores de paz” evangélicos que sean capaces de sugerir hacer a un lado la fuerza bélica por una opción superior, una elección verdaderamente al servicio de la humanidad. La continuación de la historia, que vio a Juan XXIII como protagonista, es aún más interesante. El paso dado por Roncalli fue revivido en la historiografía gracias sobre todo a la apertura de los archivos soviéticos muchos años después, en el 2000. En la biografía de Juan XXIII escrita por Marco Roncalli, surge el testimonio del ruso Anatoly Krasikov, el primer corresponsal soviético acreditado por la Oficina de Prensa del Vaticano:

Por supuesto, sigue siendo curioso que en los estados “católicos” no se logre encontrar rastro de una reacción oficial positiva al llamamiento papal, mientras que el ateo Krushev no tuvo el mínimo momento de vacilación para agradecer al Papa y enfatizar su papel principal en la resolución de esta crisis que había llevado al mundo al borde del abismo» (L. Carlesso, *La crisis de Cuba. El papel a menudo olvidado de la Santa Sede*, “La Stampa”, Vatican Insider, 6 de octubre de 2012).

El 15 de diciembre, de hecho, una nota de agradecimiento del líder soviético llegó al Vaticano: «A Su Santidad el papa Juan XXIII. Con motivo de las santas festividades navideñas, por favor acepte los buenos deseos y felicitaciones de un hombre que le desea salud y fuerza para su constante lucha por la paz, la felicidad y el bienestar». Y un mes después de su intervención en la radio, Juan XXIII escribió en su famoso diario:

«Recibido el polaco Ierzy Zawieyski confidente del Card. Wyszynski, y bienvenido el Sr. Gomulka, al cual lo instruyó para llevar sus saludos al Papa, y decirle que la liquidación del terrible asunto de Cuba se debe al mismo Pontífice».

## EL SAGRARIO DE LA CONCIENCIA

En lo más profundo de la conciencia el hombre descubre una ley que no se le ha dado, sino que debe obedecer. Esta voz, que siempre lo llama a amar, a hacer el bien y a huir del mal, resuena en el momento adecuado en la intimidad del corazón: haz esto, evita aquello. El hombre tiene realmente una ley escrita por Dios dentro de su corazón; obedecerle es la dignidad misma del hombre, y de acuerdo con esto será juzgado.

La conciencia es el núcleo y santuario más secreto del hombre, donde está a solas con Dios, cuya voz resuena en la intimidad. A través de la conciencia, se da a conocer de manera admirable aquella ley que encuentra su cumplimiento en el amor a Dios y al prójimo (GS 16).

Releyendo estos pasajes también podría llegarse a sentir un cierto escepticismo: ¿soy realmente el arquitecto de mi destino con la ayuda del Evangelio o no soy quizá un pequeño punto de intersección en la historia desprovisto de poder y con la única posibilidad de conformarme a lo que la sociedad del tiempo me pide? Vienen a la mente las caras a veces icónicas de algunos de los líderes mundiales y parecería tener que rendirse a la idea de que, en efecto, unos pocos potentes tienen el destino de todos los demás en sus manos. Sin embargo, en última instancia, también podemos pensar en cambiar esta perspectiva para vislumbrar cómo el poder de la conciencia puede entrar en acción, dejando emerger a los artesanos de la paz, aquellos que, respondiendo a esa voz interior, deciden desarmar las pro-

pias manos, abandonar los caminos de la muerte, no seguir los caminos de la destrucción y, por el contrario, pagando incluso un precio muy alto, por revertir el curso eligiendo el camino de la paz.

### *Objetar por la paz*

Parece un sueño o la mera ilusión de arremeter contra molinos de viento como Don Quijote de Miguel de Cervantes. Y, sin embargo, el coraje de la paz puede arder incluso en un solo corazón, aparentemente aislado y contrario al pensamiento dominante, como una semilla preciosa. La historia ha sacado a la luz un caso emblemático, el de un joven que luchó “solo” contra Adolf Hitler, el dictador alemán que arrastró a Alemania al segundo conflicto mundial. Se llamaba Franz Jägerstätter y era un simple agricultor de Sank Radegund, en la Alta Austria; fue el único habitante de su pueblo que votó «no» al referéndum que sancionó la unión de Austria al Tercer Reich, el famoso *Anschluss*, presagio de muchas ruinas que culminaron con la derrota del nazi-fascismo, pero sobre todo en los horrores de una guerra que ha dejado entre sesenta y sesenta y ocho millones de muertos en el campo y la página tan negra como el carbón del exterminio de los judíos. No sólo eso, Jägerstätter se negó incluso a alistarse en la Wehrmacht, las Fuerzas Armadas alemanas, porque consideraba que el nazismo era totalmente incompatible con el ser creyente. «Creo que Dios me ha mostrado con suficiente claridad que debo decidir si ser nazi o católico», escribió proféticamente en su diario en enero de 1938. Sus decisiones, tan contracorriente, le costaron mucho. Las ha recordado el mismo Papa Francisco, señalando a los jóvenes esta «extraordinaria figura de un joven objetor, un joven europeo con grandes ojos» (Francisco, Mensaje a los participantes en la Conferencia Europea de la Juventud, Praga, 11-13 de julio de 2022):

Franz era un joven campesino austriaco que, debido a su fe católica, hizo objeción de conciencia frente a la orden de jurar lealtad a Hitler e ir a la guerra. Franz era un chico alegre, agradable y despreocupado que, creciendo, gracias también a su esposa Francisca, con quien tuvo tres hijos, cambió su vida y maduró profundas convicciones. Cuando fue llamado a las armas, se negó porque creía que era injusto acabar con vidas inocentes. Esta reacción provocó duras reacciones contra él por parte de su comunidad, del alcalde, incluso de sus familiares. Un sacerdote trató de disuadirlo por el bien de su familia. Todos estaban en su contra, excepto su esposa Francisca, quien, a pesar de conocer los tremendos peligros, siempre estuvo al lado de su esposo y lo apoyó hasta el final. A pesar de las adulaciones y la tortura, Franz prefirió ser asesinado que asesinar. Si todos los jóvenes llamados a las armas hubieran hecho lo que él hizo, Hitler no podría haber llevado a cabo sus planes diabólicos.

Así concluía el Pontífice:

El mal para vencer necesita cómplices. Franz Jägerstätter fue asesinado en la prisión donde fue encarcelado también su contemporáneo Dietrich Bonhoeffer, un joven teólogo luterano alemán que también tuvo el mismo trágico final. Estos dos jóvenes “de los ojos grandes” fueron asesinados porque permanecieron fieles hasta el final a los ideales de su fe.

Vale la pena seguir los pasos de Franz, incluso hoy. Los institutos de investigación independientes nos dicen que hay al menos setenta focos encendidos de conflicto en nuestro planeta. Hablar de paz y actuar de acuerdo con la paz hasta el punto de deponer las armas es un gesto valiente contracorriente incluso todavía hoy e incluso en muchos, demasiados lugares

del planeta, rompe la lógica y los conformismos circundantes que quieren que los disparos se respondan con disparos, las bombas con bombas, los misiles con misiles, hasta perder por completo el sentido de la proporción y jugar con la amenaza de manejar armas cada vez más poderosas y cada vez más mortales. Caín contra Caín.

El mundo está en guerra. En todas partes hay guerra, porque el mundo ha elegido el esquema de Caín. La guerra es poner en práctica el cainismo, matar al hermano, –ha dicho el papa Francisco sobre las guerras en curso–. Cuando estamos frente a una persona –agregó, invitándonos a mirar dónde están las semillas de la esperanza, a pesar de todo– debemos pensar en cómo hablar con esta persona, a su parte fea o a la parte más buena, escondida. Todos tenemos algo de bueno, es el sello de Dios en nosotros. Nunca debe darse por terminada una vida en el mal.

#### *Realizar la reconciliación*

Nunca deber darse por terminada una vida en el mal. Este es el camino que algunos combatientes de la República Centroafricana han emprendido con valentía. En este pequeño país ubicado exactamente en el corazón del continente africano, se ha librado durante años una horrible guerra civil que ha visto en el campo diferentes facciones opuestas las unas contra las otras, al igual que Caínes armados, hermano contra hermano. Con muchos esfuerzos de diálogo, de los que la Iglesia en sus tantas almas no ha estado exenta, ha sido posible alcanzar una tregua y luego un *Programa Nacional de reconciliación y paz*, un camino institucional que pretende reconciliar el país a través de gestos distensivos. Uno de ellos llegó en agosto de 2022. Después de varios meses de negociación y sensibilización con las milicias centroafricanas UPC y los guerrilleros Anti Balaka, 363 combatientes de-

cidieron deponer las armas y renunciar a la violencia: un paso importante especialmente para la ciudad de Bambari, teatro en el pasado reciente de violencias sangrientas. La República Centroafricana presenta índices y datos desoladores: el PIB se encuentra entre los más bajos del mundo, alrededor del 60% de la población vive con menos de 1.25 dólares al día. El índice de desarrollo humano, con la guerra civil, se ha desplomado y la población vive en condiciones extremadamente difíciles entre la malaria, la lepra, el VIH y otras enfermedades que lo convierten también en uno de los países con mayor mortalidad infantil. A todo ello se suma un preocupante analfabetismo que afecta al 51.4% de la población. En el año más crítico de la guerra, 2013, la UNICEF estimó que al menos 600.000 niños habían sufrido las consecuencias del conflicto y, aún más desalentador, más de 2.500 de ellos, hombres y mujeres, habían sido reclutados ese año como combatientes por grupos armados. Niños que con tan solo 6 o 7 años, en lugar de un libro y un cuaderno, han visto entregárseles en su manos fusiles más grandes que ellos con la fría y brutal orden de levantarlos contra el enemigo, apuntándolos ocasionalmente, directamente contra el pecho.

Por el contrario, cada arma depuesta, cada gesto que pone ese mismo fusil hacia abajo se convierte en un poderoso mensaje para cada niño centroafricano. Tal gesto le dice al niño y a la niña frente a quien se realiza que tiene una alternativa, que tiene una esperanza, que su vida no está perdida. Su destino no está ya escrito en la espiral de la muerte y en las cifras sombrías de esos fríos índices estadísticos.



## NO MÁS DOMINGO SANGRIENTO

Hay una historia que todo adolescente habitante de la tierra debería conocer. Es la historia de cuatro chicos de las afueras de Dublín. A finales de los años 60, Irlanda del Norte estuvo marcada por un amargo conflicto por la independencia del Reino Unido. Se trató de un conflicto verdaderamente lacerante porque no tocaba solo aspectos políticos y territoriales, sino también religiosos y sociales, siendo los irlandeses normalmente católicos y menos acomodados, y los ingleses de confesión protestante y con mayor acceso al bienestar. En esos años, las carreteras irlandesas a menudo estaban ocupadas por tropas británicas en actitud de combate, escoltadas por vehículos blindados. Entre los callejones caracterizados por adoquines de piedra y letreros de pub, se respiraba tensión. Estaban en vigor normas especiales emanadas de Londres, particularmente restrictivas de los derechos humanos, como el *internment*, es decir, la posibilidad de que las fuerzas policiales detuvieran a un sospechoso por un tiempo prácticamente indefinido, incluso sin juicio.

En este clima, un evento sangriento causó un gran shock colectivo. El domingo 30 de enero de 1972, en Derry, en Irlanda del Norte, durante una manifestación por los derechos civiles, el ejército británico recibió órdenes de dispersar a los manifes-

tantes y comenzó a abrir fuego contra la multitud. En la calle había miles de personas, hombres, mujeres y niños que se manifestaron pacíficamente exigiendo igualdad y equivalente dignidad en el trabajo, el derecho a la vivienda y el final de la votación por censo, aún vigente en la provincia británica. Cuando, alrededor de las cuatro de la tarde, los manifestantes llegaron al gueto católico de Bogside, un regimiento especial de paracaidistas británicos armados con ametralladoras pesadas comenzó a disparar sin previo aviso contra la multitud. Trece hombres fueron asesinados bajo un infierno ardiente que duró aproximadamente un cuarto de hora. Ocho de ellos tenían entre 17 y 20 años. Otras catorce personas resultaron gravemente heridas y una de ellas murió unos meses después. Cinco habían recibido disparos en la espalda, otro fue asesinado mientras levantaba sus brazos sobre su cabeza en señal de rendición.

Ese domingo “maldito”, incluso un niño de once años llamado Paul David Hewson, que vivía en un barrio pobre en las afueras de Dublín, fue alcanzado por la noticia del tiroteo del cual todos hablaban, en la radio, en la familia, en la escuela. Fue un golpe. Algo se grabó como una fecha fatal en su corazón. Durante su adolescencia, Paul, cuyo padre era católico y su madre protestante, tuvo el modo de encontrarse continuamente con pandillas de vecindario donde podía desahogar fácilmente su ira. Pero las pandillas no eran para él. Aunque enojado como muchos otros jóvenes, creció cultivando una fuerte sensibilidad contra la injusticia y la opresión, pero también contra la violencia. Logró transformar su ira y canalizarla en una asociación artística con un grupo de amigos que conoció en la *Mount Temple School* en Dublín, frecuentada por protestantes y católicos.

La aventura comenzó cuando el 20 de septiembre de 1976 otro joven como él, llamado Larry Mullen, publicó un mensaje en el tablón de anuncios de la escuela buscando jóvenes músicos con los que formar una banda. Paul respondió al anuncio junto con Adam Clayton, David Howell Evans y su hermano Dick Evans. Formaron una banda musical de estudiantes de se-

cundaria y comenzaron a tocar juntos ofreciendo más y más conciertos. Ese domingo “maldito”, sin embargo, todavía quedaba para todos como algo ahogado en el fondo del alma. Decidieron poder expresar sus sentimientos en una canción y nació *Sunday Bloody Sunday*. Se interpretó por primera vez en público en diciembre de 1982 en Belfast, Irlanda del Norte, y se presentó al público con estas palabras: «Esta canción se llama *Sunday Bloody Sunday*, habla de nosotros, de Irlanda. Sin embargo, si no les gusta, nunca la volveremos a interpretar». El texto era el siguiente:

*No puedo creer las noticias de hoy  
No puedo cerrar los ojos y hacer que desaparezcan  
¿Por cuánto tiempo tendremos que cantar esta canción?  
Botellas rotas bajo los pies de los niños  
Cuerpos esparcidos a los lados del callejón sin salida  
Hay muchas pérdidas, pero dime ¿quién ganó?  
Las trincheras cavadas en nuestros corazones  
Y madres, hijos, hermanos, hermanas separados.  
Podemos estar unidos esta noche.  
Domingo, domingo sangriento.*

Al final de la ejecución, la canción fue recibida con una ovación. Para cantarla, fue un niño que más tarde se hizo famoso en todo el mundo con el nombre de Bono Vox. El grupo fue los U2. El propio Bono Vox explicó a la audiencia que no se trataba de una *rebel song*, sino de la reacción incrédula de un joven en la República de Irlanda, ante el odio y la violencia fratricida que divide a quienes deberían estar unidos en el nombre de Cristo.

*Sunday Bloody Sunday* se convirtió así en el himno de quien, aunque lastimado en el corazón, y herido por la injusticia, se ha rebelado contra un patrón de la sola contraposición que quería inglés contra irlandés, protestante contra católico, fuerzas policiales contra el pueblo, rico contra pobre, y

transformando el sufrimiento en un llamado a la reconciliación. En 1982, en ese concierto, al grito liberador de cuatro muchachos se unió el de docenas, luego cientos y luego miles de otras voces para gritar al mundo que romper el patrón de odio que genera más odio no sólo es posible, sino que es el deseo profundo de los corazones más puros.



## Gaudium et spes 77-82

### CAPÍTULO V LA PROMOCIÓN DE LA PAZ Y LA COMUNIDAD DE LAS NACIONES

#### **77. Introducción**

En estos últimos años, en los que aún perduran gravemente entre los hombres las aflicciones y las angustias derivadas de guerras, tanto furiosas como inminentes, toda la sociedad humana ha llegado a un momento supremamente decisivo en el proceso de su maduración. Mientras que poco a poco la humanidad se va unificando y en todas partes se está volviendo más consciente de su propia unidad, no podrá completar la tarea que tiene ante sí, es decir, la de construir un mundo más humano para todos los hombres y mujeres y en toda la tierra, si los hombres no se convierten todos con un espíritu renovado hacia la verdadera paz. Por este motivo, el mensaje evangélico, en sintonía con las más altas aspiraciones e ideales del género humano, resplandece en nuestros tiempos con renovado esplendor cuando proclama bienaventurados a los promotores de la paz, «porque serán llamados hijos de Dios» (Mt 5,9).

Por tanto, el Concilio, ilustrando la verdadera y noble noción de la paz, condena la inhumanidad de la guerra, tiene la intención de dirigir un ardiente llamamiento a los cristianos para que, con la ayuda de Cristo, autor de la paz, colaboren con todos para establecer entre los hombres una paz basada en la justicia y el amor, y para aportar los medios necesarios para su realización.

### **78. La naturaleza de la paz**

La paz no es la mera ausencia de guerra, ni puede reducirse únicamente a establecer el equilibrio de fuerzas opuestas; no es el efecto de una despótica dominación, sino que se define precisamente como la «obra de la justicia» (Is 32,7). Es el fruto del orden plantado en la sociedad humana por su divino Fundador y que debe ser realizado por hombres que aspiran ardientemente a una justicia cada vez más perfecta. En efecto, el bien común del género humano se rige, sí, en su sustancia, por la ley eterna, pero en sus necesidades concretas está sujeto a continuos cambios a lo largo del tiempo; por esta razón, la paz nunca es algo alcanzado de una vez por todas, sino que es un edificio que debe construirse continuamente. Puesto que, además, la voluntad humana es débil y herida por el pecado, la adquisición de la paz exige de cada uno el dominio constante de las pasiones y la vigilancia de la autoridad legítima.

Esto, sin embargo, no es suficiente. Esta paz no puede obtenerse en la tierra si no se protege el bien de las personas y si los hombres no pueden intercambiar con confianza y libertad las riquezas de sus almas y su ingenio. La firme voluntad de respetar a los otros hombres y los otros pueblos y su dignidad, así como la práctica asidua de la fraternidad humana, son absolutamente necesarias para la construcción de la paz. De esta manera, la paz es también fruto del amor, que va más allá de lo que la simple justicia puede aportar.

La paz terrena, que nace del amor al prójimo, es en sí misma imagen y efecto de la paz de Cristo que procede del Padre. El Hijo encarnado, en efecto, Príncipe de la Paz, por medio de su cruz reconcilió a todos los hombres con Dios; restaurando la unidad de todos en un solo pueblo y un solo cuerpo, dio muerte el odio en su carne y, en la gloria de su resurrección, difundió el Espíritu de amor en el corazón de los hombres. Por lo tanto, todos los cristianos están llamados insistentemente a practicar la verdad en el amor (Ef 4,15) y a unirse a todos los hombres que aman sinceramente la paz para implorarla desde el cielo y ponerla en práctica.

Movidos por el mismo espíritu, no podemos dejar de alabar a quienes, renunciando a la violencia en la reivindicación de sus derechos, recurren a aquellos medios de defensa que, además, también están al alcance de los más débiles, siempre que esto pueda hacerse sin perjuicio de los derechos y deberes de los demás o de la comunidad.

Los hombres, como pecadores, están y estarán siempre bajo la amenaza de la guerra hasta la venida de Cristo; pero en la medida en que logran, unidos en el amor, vencer el pecado, también vencen la violencia, hasta el punto de realizar la palabra divina: «Con sus espadas construirán arados y hoces con sus lanzas; ya nadie tomará las armas contra otro pueblo, ni se ejercitará para la guerra» (Is 2,4).

### **Sección 1. La obligación de evitar la guerra**

#### **79. El deber de mitigar la inhumanidad de la guerra**

Aunque las guerras recientes han traído graves daños materiales y morales a nuestro mundo, todavía hoy cada día, en cualquier punto de la tierra, la guerra continúa produciendo sus devastaciones. Más aún, dado que en ella se utilizan armas científicas de todo tipo, su atrocidad amenaza con llevar a los combatientes a una barbarie mucho mayor que la de tiempos pasados.

Además, la complejidad de las situaciones actuales, y la intrincada red de relaciones internacionales hacen que las guerras se prolonguen disfrazadas con nuevos métodos, insidiosos y subversivos. En muchos casos, también se considera como una nueva forma de guerra, el recurso a sistemas terroristas.

Ante este estado de degradación de la humanidad, el Concilio pretende, ante todo, recordar la vigencia permanente del derecho natural de gentes y de sus principios universales. La conciencia misma de la humanidad proclama esos principios con cada vez mayor firmeza y vigor. Las acciones, por lo tanto, que deliberadamente se oponen a esos principios, y las órdenes que mandan tales acciones, son crímenes, ni la obediencia ciega puede excusar a quienes las llevan a cabo. Entre estas acciones pueden enumerarse, en primer lugar, los métodos sistemáticos de exterminio de todo un pueblo, nación o minoría étnica; crimen horrendo que debe ser condenado con extremo rigor. En cambio, se debe apoyar el valor de aquellos que no temen oponerse abiertamente a quienes ordenan tales crímenes.

Existen, en materia de guerra, varios tratados internacionales, que un gran número de naciones han firmado para hacer menos inhumanas las acciones militares y sus consecuencias. Tales son las convenciones relativas a la suerte de los soldados heridos o encarcelados y muchos compromisos de este tipo. Todos estos acuerdos deberán ser observados; más aún, las autoridades públicas y los expertos en este campo deberían hacer todo el esfuerzo, en la medida de sus posibilidades, para perfeccionarlos, de modo que puedan hacerlos capaces de poner un freno más adecuado y eficaz a las atrocidades de la guerra. También parece razonable que las leyes prevean humanamente el caso de quienes, por razones de conciencia, rechazan el uso de las armas, aceptando, sin embargo, alguna otra forma de servicio a la comunidad humana.

Desafortunadamente, la guerra no ha sido erradicada de la humanidad. Y mientras exista el peligro de guerra y no exista una autoridad internacional competente con fuerzas efectivas, una vez que se hayan agotado todas

las posibilidades de arreglo pacífico, no se podrá negar a los gobiernos el derecho a la legítima defensa. Por lo tanto, los jefes de Estado y los que comparten la responsabilidad de los asuntos públicos tienen el deber de salvaguardar la seguridad de los pueblos que se les han confiado, tratando estos asuntos de gran importancia con un grave sentido de responsabilidad. Pero una cosa es usar las armas para defender los justos derechos de los pueblos, y otra muy distinta es querer someter a otras naciones. El poder de las armas no legitima el uso militar o político de éste. Tampoco el hecho de que una guerra lamentablemente se desate, convierte por esto lícito todo entre las partes en conflicto.

Aquellos que ejercen su profesión al servicio de la patria en las filas del ejército también deben considerarse servidores de la seguridad y la libertad de sus pueblos; si cumplen correctamente con su deber, también contribuyen verdaderamente a la estabilidad de la paz.

## **80. La guerra total**

El incremento de las armas científicas ha aumentado enormemente el horror y la atrocidad de la guerra. Las acciones militares, de hecho, si se llevan a cabo por estos medios, pueden producir destrucciones inmensas e indiscriminadas, que exceden, por tanto, con creces los límites de la legítima defensa. Es más, si los medios de este tipo, como los que ahora se encuentran en los arsenales de las grandes potencias, se utilizaran a fondo, se produciría la destrucción mutua y casi total de las partes contendientes, sin considerar las muchas devastaciones que resultarían en el resto del mundo y los efectos letales, consecuencia del uso de estas armas.

Todo esto no obliga a mirar el tema de la guerra con una mentalidad completamente nueva. Que los hombres de esta época sepan que tendrán que dar una muy severa cuenta de sus acciones bélicas, porque el curso de los tiempos futuros dependerá en gran medida de sus decisiones presen-

tes. Teniendo en cuenta todo esto, este sagrado concilio, haciendo suyas las condenas de la guerra mundial ya pronunciadas por los recientes Sumos Pontífices, declara:

Todo acto bélico, que tiene como objetivo indiscriminado la destrucción de ciudades enteras o de vastas regiones y sus habitantes, es un crimen contra Dios y contra la humanidad misma, que hay que condenar con firmeza y sin vacilación.

El riesgo característico de la guerra moderna consiste en el hecho de que ésta ofrece casi la oportunidad a aquellos que poseen las armas científicas más modernas de cometer tales crímenes y, por una cierta conexión inexorable, puede empujar la voluntad de los hombres a las decisiones más atroces. Por lo tanto, para que esto nunca vuelva a suceder en el futuro, los obispos de todo el mundo, ahora reunidos, imploran a todos, especialmente a los gobernantes y comandantes militares supremos, a considerar continuamente, ante Dios y ante toda la humanidad, el enorme peso de su responsabilidad.

### **81. La carrera de armamentos**

Es cierto que las armas científicas no se almacenan con la única intención de poder utilizarlas en tiempo de guerra. Dado que, de hecho, se cree que la solidez de la defensa de cada parte dependa de la posibilidad relámpago de represalias, esta acumulación de armas, que aumenta de año en año, sirve, de manera paradójica, para disuadir a cualquier adversario a llevar a cabo actos de guerra. Y esto es considerado por muchos como el medio más eficaz para asegurar una cierta paz entre las naciones de hoy.

Independientemente de lo que se pueda pensar de este método disuasorio, los hombres deben convencerse de que la carrera de armamentos, a la que recurren muchas naciones, no es una forma segura de preservar firmemente la paz, ni el llamado equilibrio resultante de ella puede considerarse una paz verdadera y estable. Las causas de la guerra, en lugar de ser eliminadas

por tal carrera, amenazan con empeorar gradualmente. Y mientras se gasta una enorme riqueza en la creación de nuevas armas, se hace luego imposible procurar suficiente remedio a las grandes miserias del mundo actual. En lugar de sanar verdaderamente, en lo profundo, las disensiones entre los pueblos, se termina contagiando también otras partes del mundo. Se deben buscar nuevos caminos partiendo de la transformación de la mentalidad, para que este escándalo pueda ser eliminado y al mundo, liberado de la ansiedad que lo oprime, pueda serle restituida una paz verdadera.

Por lo tanto, es necesario declarar una vez más: la carrera de armamentos es uno de los flagelos más graves de la humanidad y perjudica de modo intolerable a los pobres; y hay que temer mucho que, si esta carrera continúa, un día producirá todas las desgracias para las cuales ya se están preparando los medios.

Advertidos por las calamidades que la humanidad ha hecho posibles, aprovechemos la tregua de la que ahora disfrutamos y que nos ha sido concedida desde lo alto, para tomar mayor consciencia de nuestra responsabilidad y encontrar formas de resolver nuestras disputas de una manera más digna del hombre. La Providencia divina nos exige insistentemente que nos liberemos de la antigua esclavitud de la guerra. Si nos negamos a hacer este esfuerzo, no sabemos a dónde nos llevará el camino perverso en el que nos hemos embarcado.

### **82. La prohibición absoluta de la guerra y la acción internacional para evitarla**

Está claro, por lo tanto, que debemos hacer todo lo posible para prepararnos para el momento en que, mediante el acuerdo de las naciones, pueda prohibirse del todo cualquier recurso a la guerra. Esto, por supuesto, requiere el establecimiento de una autoridad pública universal, reconocida por todos, que esté dotada de un poder efectivo para garantizar la seguridad de todos

los pueblos, la observancia de la justicia y el respeto de los derechos. Pero antes de que se pueda establecer esta deseable autoridad, es necesario que los actuales órganos internacionales supremos se dediquen con todo el empeño en la búsqueda de los medios más adecuados para procurar la seguridad común. La paz debe fluir espontáneamente de la confianza mutua de las naciones, en lugar de ser impuesta a los pueblos por el terror de las armas. Por tanto, todos deben esforzarse con presteza a acabar por fin la carrera de armamentos. Para que la reducción de armamentos comience en realidad, ciertamente no debe hacerse unilateralmente, sino al mismo ritmo de una parte y otra, sobre la base de acuerdos comunes y con la adopción de eficaces garantías.

Entretanto, no deben subestimarse los esfuerzos que ya se han hecho y se siguen haciendo para alejar el peligro de guerra. Más bien, alentada la buena voluntad de muchos que, aunque agobiados por las enormes preocupaciones de su alto cargo, movidos por la gravísima responsabilidad a la que se sienten obligados, hacen todo lo posible para eliminar la guerra, a la cual tienen horror, aunque no puedan ignorar la compleja realidad de las situaciones. Es necesario dirigir incesantes oraciones a Dios para que les dé la fuerza para emprender con perseverancia y llevar a término con valentía esta tarea de sumo amor por los hombres, por medio de la cual se construye virilmente el edificio de la paz. Este trabajo ciertamente exige hoy que expandan sus mentes y sus corazones más allá de los confines de su propia nación, dejando de lado todo egoísmo nacional y toda ambición de supremacía sobre otras naciones, y alimentando en cambio un profundo respeto por toda la humanidad, que ahora se está dirigiendo con tanto trabajo hacia una mayor unidad.

En cuanto a los problemas de la paz y el desarme, hay que tener en cuenta los estudios a fondo, ya realizados con valentía e incansablemente conducidos, y los foros internacionales que se ocupan de estos temas, y considerarlos como los primeros pasos hacia la solución de problemas tan graves, por lo tanto, deberán ser promovidos en el futuro con mayor insistencia y energía, a fin de lograr resultados concretos. Sin embargo, los hombres deben tener

cuidado de no depender exclusivamente de los esfuerzos de algunos, sin la más mínima preocupación por sus propios sentimientos. Los jefes de Estado, de hecho, que son garantes del bien común de sus naciones y defensores al mismo tiempo del bien de toda la humanidad, dependen en gran medida de las opiniones y sentimientos de las multitudes. De hecho, es inútil que trabajen tenazmente para construir la paz, mientras los sentimientos de hostilidad, desprecio y desconfianza, odios raciales e ideologías obstinadas dividan a los hombres, enfrentándolos entre sí. De ahí la necesidad extrema y urgente de una renovada educación de la mentalidad y una nueva orientación en la opinión pública. Que quienes se dedican al trabajo educativo, especialmente de la juventud, y quienes contribuyen a la formación de la opinión pública, consideren su grave deber inculcar en el corazón de todos nuevos sentimientos, inspiradores de paz. Y cada uno de nosotros debe trabajar para cambiar su corazón, abriendo los ojos al mundo entero y a todo aquello que todos podemos hacer juntos para llevar a la humanidad a un destino mejor.

Tampoco nos dejamos engañar por una falsa esperanza. A menos que en el futuro se realicen tratados firmes y honestos de paz universal, renunciando a todo odio y enemistad, la humanidad, que, aunque haya alcanzado logros maravillosos en el campo científico, se encuentra ya en grave peligro, y tal vez será conducida fatalmente a aquella hora, cuando no podrá experimentar otra paz que la terrible paz de la muerte.

La Iglesia de Cristo, en el momento en que, colocada en medio de las angustias del tiempo presente, pronuncia estas palabras, no cesa de alimentar la más firme esperanza. A los hombres de nuestra época quiere proponer con insistencia, tanto si lo acogen favorablemente, como si lo rechazan como inoportuno, el mensaje de los apóstoles: «Ahora es el tiempo favorable» para transformar los corazones, «ahora son los días de salvación».





**CUADERNOS DEL CONCILIO 17**

Se terminó de imprimir en XXXX de 2023  
en Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.,  
Centeno 162-1, Col. Granjas Esmeralda,  
Iztapalapa, C.P. 09810, Ciudad de México.

La edición consta de XXXX ejemplares más sobrantes para reposición.